

Reggio Emilia: la experiencia de enseñar a partir de la belleza

Por Carolina Rubio

(redsolarecuador@gmail.com)

El método Reggio Emilia se expande cada vez a nuevos lugares. En Ecuador existen pocos centros educativos donde se ha planteado y aplicado los principios de Reggio Emilia, y que han visto en ella una opción alternativa a las pedagogías tradicionales, sin la rigidez con la que éstas trabajan. Conocer cuál es su enfoque y un poco de su historia es el primer paso para entender por qué ha sido reconocida por la UNESCO como una de las mejores pedagogías del mundo.

Quien inspiró la experiencia educativa de Reggio Emilia es Loris Malaguzzi. Luego de la Segunda Guerra Mundial, los maestros de Reggio Emilia, una pequeña ciudad al norte de Italia, buscaban formas en que los niños pudieran superar los traumas a partir de esa época de violencia. Malaguzzi idea esta alternativa pedagógica en la que los niños, profesores, padres y madres de familia trabajan juntos en torno al crecimiento educativo de los niños en sus primeros años. Los niños son aquí protagonistas de su propio aprendizaje.

Malaguzzi aportó en la comprensión del sentido estético del aprendizaje, en el sentido de una asimilación de la belleza; cómo los elementos, a primera vista aislados, pueden encontrar una relación entre sí. Este aspecto rompe con el esquema tradicional de enseñanza bajo la cual el maestro es el generador del conocimiento. Frente a esta diferencia, Alfredo Hoyuelos acota que “la atención estética es una presencia insólita, bastante ajena en las instituciones escolares” (2004, p.16).

Los niños bajo la filosofía reggiana deben ser comprendidos como seres capaces de inventar, imaginar y crear. Es muy importante entender que los niños tienen derechos y que no son seres ais-



lados, de manera que el bienestar de los niños debe estar garantizado, así como el de los seres más cercanos con quienes se relacionan.

Hoyuelos profundiza en el aspecto de la estética y señala que está presente en la escucha atenta del maestro a lo que los niños y las niñas dicen y a lo que pasa a su alrededor. Del respeto y de la demostración de amor nace parte de la belleza de las acciones y los pensamientos de los niños (Hoyuelos, 2004).

En cada proyecto los niños trabajan con diferentes materiales para representar su propio universo de lo que van aprendiendo, para luego ser expuestos en espacios abiertos donde se haga pública la expresión de cada pequeño individuo. Esta práctica ha sido utilizada desde los inicios de la pedagogía.

En Reggio Emilia se reconoce el protagonismo de la belleza que pueden crear los niños a través de sus características naturales de espontaneidad y curiosidad en todos los niveles. Cuando un niño dibuja, tal vez también está jugando con el sonido del lápiz, intentando dejar una marca, recreando una percepción del espacio, imitando algo que percibió. Bajo esa observación, Loris Malaguzzi habló de “los cien lenguajes del niño”: las múltiples formas que tienen los niños para expresarse. Malaguzzi decía que “los niños tienen cien maneras de expresarse, pero les robamos noventa y nueve”. Él hablaba de dar lugar al desarrollo de todas las posibilidades expresivas de los niños (Edwards, Gandini, & Forman, 2001) y sus diferentes lenguajes: ya sea el expresivo, el comunicativo, el relacional, por citar algunas posibilidades.

Tanto los profesores como los padres de familia deben entender y estar abiertos a que los niños no utilicen solo un lenguaje y que, en lugar de limitarlos, permitan la interrelación de múltiples lenguajes en su desarrollo. El principio es la apertura a escuchar. Por un lado, la participación de los padres es esencial porque brindan seguridad y motivación a los niños cuando se muestran interesados e inmersos en el proceso. El docente pasa a ser una guía y una persona que descubre junto al niño un mundo de conocimientos nuevos. Los maestros deben estar dispuestos a coaprender, a compartir y recibir conocimiento, y entender esta relación como un motor permanente de belleza, en tanto hay placer por aprender de parte de los niños y de parte de ellos.

Los profesores, al tener como prioridad convertirse en esa guía, deben proveer experiencias que permitan que los niños mantengan ese entusiasmo. Siguiendo las premisas de Buzzelli (1997), los maestros deben generar conexiones entre lo que los niños ya conocen y lo que están por conocer, y recrear un ambiente armónico. En ese sentido, la enseñanza en la clase no parte de los planteamientos del docente, sino que las preguntas del alumno serán el principio del proceso.

Los centros preescolares que aplican la pedagogía Reggio Emilia no brindan un modelo específico, sino que reflejan sus propias teorías pedagógicas, sus prácticas y métodos de organización (Millikan, 2003). Los maestros deben mantenerse actualizados e innovar todo el tiempo con modelos conceptuales que propongan un contenido pedagógico apropiado a cada grupo. No pueden dejar de ser creativos.

El resultado será asegurar un espacio idóneo para dar cabida a la creación y el descubrimiento. Malaguzzi decía que “el aula infantil debe ser una especie de acuario transparente donde se reflejen las ideas, las actitudes y las personas”. Los apuntes del docente de la UAM, Javier Abad, refuerzan esta cita: “El espacio influye en el aprendizaje, las conductas, acciones, relaciones, sensaciones, etc. de los niños y niñas de la escuela infantil, y es una importante he-

Los niños bajo la filosofía reggiana deben ser comprendidos como seres capaces de inventar, imaginar y crear.

rramienta de Educación Estética.” (La escuela como ámbito estético, p. 3)

La pedagogía reggiana se refiere a este espacio como el ‘Atelier’. Hoyuelos decía que en la experiencia en el atelier la dimensión estética encuentra sentido con su trabajo sobre los lenguajes visuales (Hoyuelos, 2004), y agrega que las referencias al mundo del arte, cuando son reinterpretadas tanto por las elaboraciones y el imaginario de los niños, “llevan a insólitas sugerencias, y la mayor parte de las veces a unos niveles inesperados de expresividad, de emoción, de sensibilidad y de calidades estéticas” (2004, pp. 21-22).



El enfoque Reggio Emilia parte de la ignorancia hacia una posibilidad de descubrimientos, tanto de los niños como de sus guías y seres cercanos. Es capaz de construir el aprendizaje, lejos de las escuelas tradicionales. Las escuelas que trabajan con un proyecto educativo basado en Reggio Emilia pueden armar atmósferas creativas de desarrollo para los niños (Edwards, Gandini, & Forman, 2001). El lenguaje oral no es entonces la única vía, sino tan solo una de tantas posibilidades con las que se puede trabajar a través de disciplinas humanas como la ciencia o las artes en un ambiente de armonía y bienestar.

Referencias:

Abad, J. (S/F). *La escuela como ámbito estético según la pedagogía reggiana*. Extraído de internet el 23 de mayo de 2012 en <http://www.victoria-gasteiz.org.PDF>.

Buzzelli, C. (1997). *The moral implications of teacher-child discourse in early childhood classrooms*. *Early Childhood Research Quarterly*, 11, 515-534.

Edwards, C., Gandini, L., & Forman, G. (Eds.). (2001). *La educación infantil en Reggio Emilia*. Loris Malaguzzi. Barcelona-España: Octaedro. (1 ed.).

Hoyuelos, A. (2004). *La ética en el pensamiento y obra pedagógica de Loris Malaguzzi*. Barcelona: Rosa Sensat- Octaedro.

Malaguzzi, L. (2001). *La educación infantil en Reggio Emilia*. Barcelona: Rosa Sensat-Octaedro.